

LUIS M. DRAGO

AL HONORABLE

ELIHU ROOT

17 DE AGOSTO DE 1906



BUENOS AIRES

CONI HERMANOS, EDITORES

684, PERÚ, 684

1906

L 34-2-31

13.1

13.1

13.1

13.1

LUIS M. DRAGO

AL HONORABLE

ELIHU ROOT

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL BANQUETE OFRECIDO
AL SECRETARIO DE ESTADO
DE LOS ESTADOS UNIDOS, EN EL TEATRO DE LA ÓPERA
EL 17 DE AGOSTO DE 1906
Y VERSIÓN INGLESA DEL MISMO

BUENOS AIRES

CONI HERMANOS, EDITORES

684, PERÚ, 684

—
1906

777
637610
1906
1176

AL HONORABLE ELIHU ROOT

Honorable Señor :

Señores :

Las numerosas personas aquí congregadas, representativas de lo que Buenos Aires tiene de más encumbrado en las ciencias, en las letras, en la industria y en el comercio, me ha conferido el honor insignie de ofrecer este banquete al Ministro eminente de uno de los pueblos más grandes de la tierra, vinculado á nosotros desde los orígenes por muchos y muy reales sentimientos de solidaridad política y moral.

Este país no ha olvidado que en las horas difíciles de la emancipación colonial, nuestros padres contaron con la simpatía y la adhesión calurosa y desinteresada del pueblo americano, nuestro predecesor y nuestro guía en los caminos de la libertad. Los acentos vibrantes con que Henry Clay nos defendiera cuando todo parecía conjurarse en contra de la revolución, no han sido superados en su arrebatadora elocuencia, y debido á la acción generosa y previsorá de sus grandes hombres de gobierno, fueron los Estados Unidos los que primero nos abrieron los brazos, reconociéndonos sus iguales en la comunidad de las naciones soberanas.

La afinidad espiritual, de tan feliz manera establecida, ha venido robusteciéndose desde entonces, sin darnos cuenta de ello, por la reproducción de las instituciones y de las costumbres legales.

Nuestra constitución se ha inspirado en la constitución americana y funciona por la operación de leyes semejantes.

Los ejemplos de la Unión son también nuestros ejemplos, y, amantes sinceros de la libertad, nos complacemos en los triunfos, que, en cierto modo, consideramos nuestros, de la más grande de las naciones democráticas.

Washington es, para nosotros, entre los héroes de la historia, la personalidad tutelar, el modelo supremo, prototipo de la abnegación, el honor y la sabiduría, y una extensa é importante región de la provincia de Buenos Aires ostenta el nombre de Lincoln, en homenaje al austero patriotismo del estadista y del mártir. Los nombres de Jefferson, de Madison y de Quincy Adams nos son á todos familiares y en los grandes debates parlamentarios, como en las asambleas populares, se recuerda con frecuencia á los hombres de

estado, los oradores y los jueces de nuestra grande hermana del norte.

Ya existe, pues, honorable señor, de antiguo establecido ese consorcio moral, esa compenetración de los pensamientos y de los propósitos que aproxima á los pueblos de una manera más eficiente, más íntima y más indivisible que las fórmulas muchas veces estériles de las cancillerías.

Y á la verdad que el momento es propicio para los acercamientos á que vuestra visita da relieve y que ha encontrado su expresión elocuente en el Congreso Pan-Americano ahora mismo reunido en Río.

El patriotismo ilustrado ha comprendido, por fin, que en este continente, con sus tesoros inmensos y sus vastas extensiones inexploradas, el poderío y la riqueza no están en la conquista y el desplazamiento sino en la colaboración y el esfuerzo solidario que poblará los desiertos y fertilizará los campos.

Ha comprendido, además, que la América, por el origen de las nacionalidades que la constituyen, por la naturaleza de las instituciones representativas que todas ellas han adoptado, por el carácter de su pueblo, alejado de las complicaciones y los conflictos de los gobiernos europeos y hasta por la misma gravitación de las cosas y de los sucesos, constituye un factor político de índole distinta, algo como un nuevo é inmenso escenario para el desenvolvimiento de la raza humana, destinado á servir de contrapeso á las grandes civilizaciones de ultramar y á mantener de esa manera el equilibrio del mundo.

Es por eso nuestro deber sagrado conservar la integridad de la América, material y moral, contra las asechanzas muy reales y efectivas, que desgraciadamente la circundan.

No hace mucho que uno de los más grandes jurisconsultos vivos de Inglaterra

denunciaba la posibilidad del peligro. « Los enemigos de la luz y de la libertad, decía, no están muertos ni dormidos, son vigilantes, activos, militantes y astutos. »

Y fué precisamente obedeciendo á ese sentimiento de defensa común que en un momento solemne la República Argentina proclamó la ilegitimidad del cobro coercitivo de deudas públicas por las naciones europeas, no como un principio abstracto de valor académico ni como una regla jurídica de aplicación universal, que no tendríamos personería para sostener, sino como un enunciado político de diplomacia americana, que, si bien se apoya en razones de derecho, tiende exclusivamente á evitar á los pueblos de este continente las calamidades de la conquista cuando ella asume el disfraz de las intervenciones financieras, de la misma manera que la política tradicional de los Estados Unidos, sin acentuar

superioridades ni buscar predominios, condenó la opresión de las naciones de esta parte del mundo y el control de sus destinos por las potencias de Europa.

Los sueños y las utopías del momento presente son las verdades triviales de mañana, y el principio proclamado ha de triunfar más temprano ó más tarde.

Es muy grande el reconocimiento que debemos á las naciones de Europa y mucho lo que aun tenemos que aprender de ellas ; admiramos sus instituciones seculares, nos inspiramos más de una vez en sus grandes ideales, y, por ningún concepto, quisiéramos romper ó debilitar siquiera los vínculos de una amistad de largo tiempo establecida. Pero también queremos, — y es equitativo y justo — asegurar el respeto á la tendencia y al genio de nuestras comunidades democráticas, que avanzan lentamente, es cierto, que luchan, se debaten á veces, y hacen pausas, pero son

fuertes y progresivas, y revelan ya los signos inequívocos del éxito en el ensayo más considerable que la humanidad haya realizado del sistema republicano de gobierno.

Entretanto, para alcanzar su definitiva grandeza y pesar en los destinos del mundo, estos pueblos sólo necesitan aproximarse y conocerse mejor, romper el viejo sistema de aislamiento colonial, realizar, en una palabra, la contracción de la América como ya se ha efectuado lo que se llama la contracción del mundo, con el acortamiento de las distancias por el ferrocarril, por el telégrafo, por los mil medios de comunicación y de intercambio de que dispone la civilización moderna.

Vendrá sin duda de ese modo el acrecentamiento del comercio y de la fortuna pública, pero ese resultado, relativo á la prosperidad material, será muy pálido si se le compara con los incalculables benefi-

cios de orden moral que alcanzarán estos pueblos, cuando, penetrando el sentido íntimo de las cosas y movidos por el noble estímulo de la comunión espiritual, rivalicen tan sólo en las ciencias, en el arte, en la literatura, en el gobierno y, más que todo, en las virtudes que son el mejor ornamento del estado y la base en que reposa la grandeza duradera de las colectividades humanas.

Señores :

Por los Estados Unidos, la más noble como la más grande de las naciones democráticas.

Por Mr. Roosevelt el Presidente de las iniciativas transcendentales y de la vida estrena.

Por su ilustre ministro, nuestro huésped, el más alto y elocuente de los representantes de la solidaridad americana, á

quien no hallo palabras bastante expresivas para significar todo el placer con que lo recibimos y nos honramos con tenerlo en medio de nosotros.

VERSIÓN INGLESA (1)

Honorable Sir :

Gentlemen :

The large gathering here assembled, representative of all that Buenos Aires has of the most notable in science, letters, industry and commerce has conferred on me the signal honor of my being designated to offer this banquet to the eminent Minister of one of the greatest nations of the earth, a nation linked to us from the very beginning by many and very real sentiments of moral and political solidarity.

(1) La presente versión ha sido hecha por el doctor Drago.

This country has not forgotten that in the trying times of the colonial emancipation our fathers could rely on the sympathy and the warm and disinterested adhesion of the American people, our predecessors and our guides in the paths of liberty. The thrilling utterances of Henry Clay defending our cause when everything appeared to threaten our revolution have never been surpassed in their noble eloquence, and it was due to the generosity and foresight of their great statesmen that the United States were the first to receive us with open arms as their equals in the community of sovereign nations.

The spiritual affinity thus happily established has gone on strengthening itself almost imperceptibly ever since by the reproduction of institutions and legal customs.

Our charter was inspired by the American Constitution and acts through the

operation of similar laws. The great examples of the Union are also our examples, and being sincere lovers of liberty, we rejoice in the triumphs (which in a certain sense we consider our own) of the greatest of democratic nations.

George Washington, is for us, of the great figures of history, the tutelar personality, the supreme model, a prototype of abnegation, honor and wisdom, and there is an important region in the Province of Buenos Aires bearing the name of Lincoln as a homage to the austere patriotism of the statesman and martyr. The names of Jefferson, Madison and Quincy Adams are with us household words and in our parliamentary debates and popular assemblies mention is frequently made of the statesmen, the orators and the judges of the great sister republic.

There thus exists, Honorable Sir, a long established friendship, an intercommunion

of thought and purpose which draw peoples together more closely, intimately, and indissolubly than can be accomplished by the formulae — often barren — of the Foreign Offices.

And the moment is certainly propitious for drawing closer the bonds of international amity which your Excellency's visit puts in relief and which has found such eloquent expression in the Pan American Congress of Rio de Janeiro. Enlightened patriotism has understood at last that on this continent with its immense riches and vast unexplored extensions, power and wealth are not to be looked for in conquest and displacements but in collaboration and solidarity which will people the wilderness and give the soil to the plough. It has understood, moreover, that America, by reason of the nationalities of which it is composed, of the nature of the representative institu-

tions which they have adopted, by the very character of their people separated as they have been from the conflicts and complications of european governments, and even by the gravitation of peculiar circumstances and events, has been constituted a separate political factor, a new and vast theatre for the development of the human race, which will serve as a counterpoise to the great civilizations of the other hemisphere, and so maintain the equilibrium of the world.

It is consequently our sacred duty to preserve the integrity of America, material and moral, against the menaces and artifices very real and effective that unfortunately surround it. It is not long since one of the most eminent of living jurisconsults of Great Britain denounced the possibility of the danger. « The enemies of light and freedom » he said « are neither dead nor sleeping, they are vigi-

lant, active, militant and astute ». And it was in obedience to that sentiment of common defence that in a critical moment the Argentine Republic proclaimed the impropriety of the forcible collection of public debts by european nations, not as an abstract principle of academic value or as a legal rule of universal application outside this continent (which it is not incumbent on us to maintain) but as a principle of american diplomacy which, whilst being founded on equity and justice, has for its exclusive object to spare the peoples of this continent the calamities of conquest disguised under the mask of financial interventions, in the same way as the traditional policy of the United States, without accentuating superiority or seeking preponderance, condemned the oppression of the nations of this part of the world and the control of their destinies by the great powers of Europe. The dreams and uto-

pias of to day are the facts and commonplaces of to-morrow, and the principle proclaimed must sooner or later prevail.

The gratitude we owe to the nations of Europe is indeed very great, and much still we have to learn from them; we are the admirers of their secular institutions, more than once have we been moved by their great ideals, and under no circumstances whatsoever should we like to sever or to weaken even the links of a long established friendship. But we want at the same time, and it is only just and fair, that the genius and tendency of our democratic communities be respected; they are advancing, slowly it is true, struggling at times and occasionally making a pause, but none the less strong and progressive for all that, and already shewing the unequivocal signs of success in what may be called the most considerable trial mankind

has ever made of the republican system of government.

In the meantime to reach their ultimate greatness and have an influence in the destinies of the world, these nations only require to come together and have a better knowledge of each other, to break up the old colonial isolation and realise the contraction of America, as what is called the contraction of the world has already been effected by the annihilation of distance through railways, telegraphs and the thousand and one means of communication and interchange at the disposal of modern civilization.

The increase of commerce and the public fortune will be brought about in this way, but such results as concern only material prosperity, will appear unimportant, when compared with the blessings of a higher order which are sure to follow, when, realising the inner meaning of

things, and stimulated by spiritual communion, these peoples meet each other as rivals only in the sciences and arts, in literature and in government, and most of all in the practice of virtues, which are the best ornament of the State and the foundation stone of all enduring grandeur of the human race.

Gentlemen :

To the United States, the noblest and the greatest of democratic nations.

To Mr. Roosevelt, the President of transcendental initiative and the strenuous life.

To his illustrious Minister, our guest, the highest and most eloquent representative of american solidarity, to whom I have not words sufficiently expressive to convey all the pleasure we feel in receiving him and how we honour ourselves by having him in our midst.

